

Cuento para educar en el respeto hacia el patrimonio

Eloísa y el Palacio Real

Eloísa es una niña a la que le encanta ir con su familia a visitar museos, palacios, catedrales, iglesias y jardines. En especial, le encanta el Palacio Real de Madrid. Cuanto pasa dentro de este palacio, se siente una auténtica reina; se imagina el modo en que caminaría si fuese reina; qué comería, los libros que leería y todas las cartas que tendría por firmar encima de la mesa de su escritorio.

Eloísa siempre pide a sus padres que la lleven al Palacio Real, porque es el sitio que más le gusta del mundo. En él puede ver como la historia cobra vida, y cuando sus padres hablan un poco alto les regaña y dice ¡Sh que el Rey y la Reina están durmiendo! Un día, entrando a la armería de este palacio, en la que cada vez que va se imagina montada a caballo vestida con una gran armadura metálica y empuñando una espada gritando “No hacen falta armas para gobernar a personas felices”, vio un muchacho, de unos catorce años que con un rotulador negro que estaba escribiendo en la fachada del edificio un nombre. Esto, a Eloísa no le pareció nada bien ¡Estaba ensuciando el palacio y ya nadie podría disfrutar de ese trocito de pared que formaba parte de aquella hermosa obra de arquitectura! Además, el chico, una vez acabó de escribir su nombre en la pared, escupió un chicle rosa pegajoso que tenía en la boca y este, cayó al suelo.

A Eloísa sus padres le habían dicho toda la vida que los palacios, los jardines, las iglesias, las catedrales y los museos, eran de todos y que en ellos, hay que comportarse como si estuvieras en tu casa, así que, sin dudarlo, se acercó al muchacho imaginándose montada en su caballo blanco con su armadura y su espada, y subiendo el brazo en alto le dijo seria pero con voz baja:

- ¡Muchacho!, se te ha caído un chicle y... esa pintada de ahí, sería mejor que la borrases, porque este palacio, es de todos y hay que cuidarlo para que podamos seguir disfrutándolo.

El muchacho, se sonrojó y sintió una gran vergüenza ¡Le estaba regañando una niña de

apenas cinco años! Y lo peor de todo es, que tenía razón. No era necesario escribir su nombre en aquel trocito de pared histórico, ni tirar un chicle al suelo ensuciando su entorno. Estaba tan triste por lo que había hecho que se llevaba las manos a la cabeza, ¿qué podía hacer? Eloísa, viendo que el chico no sabía qué hacer para arreglar su error, se ofreció a ayudarle, con una amplia sonrisa, le miró y susurrando a su oído dijo:

- Tengo una idea, en mi mochila llevo un pañuelo de tela, podemos pasar al aseo

para visitantes del palacio, mojarlo y echar un poco de jabón. Con eso, quizá salga el nombre que has escrito en la pared.

- Sí, dijo el muchacho ¡Podemos probar!, además, puedo recoger el chicle y

meterlo en la bolsa de plástico que llevo en la mochila, es más... podemos pedir ayuda a los mayores para recoger toda la basura que hay por el suelo y que ensucia este maravilloso lugar. Mis padres están dentro de la armería ¿les preguntamos?

Y así, Eloísa, el muchacho y sus padres comenzaron a limpiar lo que el muchacho ensució y a poner su granito de arena para que el Palacio Real continuase siendo un lugar maravilloso para que todos y todas pudieran visitarlo y a ellos, se unieron otras muchas personas. Desde entonces, cuando van a visitar cualquier museo, palacio, jardín, parque... se llevan una bolsa para meter todos sus desperdicios y por supuesto, velan porque las personas comprendan que ese lugar es de todos, y porque sepan que cada uno debe hacer por conservarlo en el mejor estado posible.

Así, los Palacios, los jardines, los museos, parques naturales, Reales Fábricas y un largo etcétera de monumentos históricos y lugares culturales, pasaron de generación en generación y todos y todas pudieron disfrutar de ellos, cuidarlos y respetarlos durante muchos años.